



CAPÍTULO II

Judea

I

Había llegado uno de los momentos más grandes de la vida de la tierra; una de esas épocas que jamás pueden borrarse del libro de la historia; uno de esos días en los cuales debe reconcentrarse el pensamiento para que el corazón calle y hable tan solamente el alma. El ejército hebreo estaba situado al pie de la cordillera conocida con el nombre de *montes de Abarim*. Desde la cumbre de aquellos montes podía verse la tierra de Promisión. Moisés deseaba subir; pero recordando lo que el Señor le había dicho, no se atrevió á intentarlo sin obtener antes un expreso permiso.

Hacia el fin del cuadragésimo año en que el pueblo de Israel viajaba por el desierto, y en el momento en que debía pasar el Jordán, el Señor dijo á Moisés: «Sube á ese monte Abarim, y contempla desde allí la tierra que he de dar á los hijos de Israel. Y después que la hubieres visto, irás tú también á su pueblo, como fué tu hermano Aarón; porque me ofendisteis en el desierto de Sin en la contradicción de la multitud, y no me quisisteis santificar á su vista sobre las aguas. Estas son las aguas de la contradicción en el desierto de Sin».

Y Moisés respondió al Eterno: «Provea el Señor Dios de los espíritus de toda carne, un hombre que vele sobre esta multitud y pueda salir y entrar delante de ellos, y sacarlos é introducirlos, para que el pueblo del Señor no sea como oveja sin pastor».

Y el Señor dijo á Moisés: «Toma á Josué, hijo de Nun, varón en quien hay espíritu, y pon su mano sobre él; el cual comparecerá delante de Eleazar el sacerdote y de toda la multitud, y le dará órdenes en presencia de todos y una parte de tu gloria, á fin de que le oiga

toda la Sinagoga de los hijos de Israel. Se presentará ante el gran sacerdote Eleazar y consultará por él el oráculo de Jehová. A las palabras de él saldrá y entrará Josué y todos los hijos de Israel con él y el resto de la multitud».

Hízolo Moisés como lo había mandado el Señor; y habiendo tomado á Josué, le presentó delante de Eleazar el sacerdote y de todo el concurso del pueblo; y puestas las manos sobre su cabeza, repitió todas las cosas que había mandado el Señor.

Todo el poder procede de Dios, no sólo el del gran sacerdote, sino también el del jefe temporal de la nación; pero como aquí se ve, están de tal manera ordenadas por Dios, que la segunda debe arreglarse por la primera. Según los oráculos del pontífice, debe conducirse, no sólo el príncipe, sino la multitud que gobierna.

La designación de Josué fué una profecía. Sólo Jesús podría abrirnos las puertas de la gloria, como Josué era el único que podía conducir al pueblo á la tierra de Promisión; Josué en lo terreno, Jesús en lo espiritual; el uno aquello que cumple á la materia, el otro cuanto concierne al espíritu.

Antes de irse, Moisés habló á los hijos de Israel, como el Señor le había mandado. Les recordó la conducta maravillosa de Dios á su vista, les explicó su ley, les hizo conocer sus nuevas órdenes y les exhortó á ser fieles. «No añadiréis nada, dijo, á lo que os ordeno, y no cercenaréis nada, á fin de que guardéis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo. Los observaréis y los guardaréis; porque esta será vuestra sabiduría y vuestra inteligencia delante de los pueblos, para que oyendo todos estos preceptos, digan: «Ved aquí un pueblo sabio y entendido, gente grande». En efecto: no hay una nación tan grande que tenga tan cercanos á sí á los dioses, como el Dios nuestro está presente á todos nuestros ruegos. ¿Dónde hay otra nación, por ilustre que sea, que tengan ceremonias y justos juicios, y toda la ley que voy á exponeros ante vuestros ojos?»

Y así, guárdate á tí mismo y á tu alma solícitamente. No te olvides de las palabras que vieron tus ojos, y no se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida. Las enseñarás á tus hijos y nietos; les dirás el día en que estuviste delante del Señor tu Dios en Horeb, cuando el Eterno me habló, diciendo: «Junta el pueblo á mí para que oigan mis palabras y aprendan á tenerme todo el tiempo que viven en la tierra, y enseñen á sus hijos. Y os llegásteis á la falda del monte, que ardía hasta el cielo, y había en él tinieblas, y nube y obscuridad. Y os habló el Señor de en medio del fuego. Oísteis la voz de sus palabras, mas no

visteis figura alguna. Y os mostró su pacto, que mandó que observárais, y las diez palabras que escribió en dos tablas de piedra».

Moisés predijo al pueblo lo que le sucedería en el porvenir; cómo serían dispersados entre las naciones si se apartaban del Señor. Mas cuando buscares allí al Señor tu Dios, le hallarás si le buscares de todo corazón y con toda la tribulación de tu alma. Después que se hayan alcanzado todas las cosas que han sido anunciadas, en el último tiempo te volverás al Señor tu Dios, y oirás su voz; porque el Señor, tu Dios, es un Dios de misericordia; no te abandonará, ni te destruirá del todo, ni se olvidará del pacto que juró á tus padres.

Infórmate de los tiempos antiguos que han sido antes de tí, desde que el día que creó Dios al hombre sobre la tierra, desde una extremidad del cielo hasta la otra, si en algún tiempo ha acaecido una cosa semejante, que un pueblo oyese la voz de Dios, que le hablaba de en medio del fuego, como tú la oíste y viste; ó que un Dios hizo por venir y tomar para sí una nación de en medio de las naciones, con pruebas, señales y portentos, con combate y mano fuerte y brazo tendido, y con visiones espantosas, según todo lo que hizo por nosotros el Señor vuestro Dios, en Egipto, viéndolo tus ojos.

Para que supieras que el Señor él mismo es Dios, y no hay otro en él, se hizo oír la voz desde el cielo para enseñarte, y en la tierra te mostró su fuego muy grande, y oíste sus palabras de en medio del fuego, porque amó á tus padres, y escogió su descendencia después de ellos; y te sacó de Egipto, yendo delante de tí con su gran poder, para destruir naciones grandísimas y más fuertes que tú en tu entrada; y para introducirte y darte en posesión la tierra de ellas como lo ves en el presente día. Conoce, pues, hoy, y piensa en tu corazón que el Señor, él mismo es Dios arriba en el cielo, y abajo en la tierra, y que no hay otro.

«Oye, Israel, dijo también: Jehová es nuestro Dios, Jehová es uno. Y tú amarás á Jehová tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy estarán con tu corazón; y las contarás á tus hijos; y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir y al levantarte. Y las atarás como por señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y puerta de tu casa».

Después de nuevos consejos y advertencias para precaverlos contra el comercio con los pueblos paganos y contra la idolatría; después de haberles recordado de nuevo los beneficios del Señor, exclama: «Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón y con toda tu alma, y guardes los

mandamientos del Señor, y sus ceremonias, que yo te prescribo hoy para que seas feliz? Mira que del Señor tu Dios es el cielo, y el cielo de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella. Y esto no obstante, Jehová quiso con preferencia á tus padres, y los amó, y escogió su linaje después de ellos, esto es, á vosotros, de entre todas las gentes, como hoy se comprueba. Tened, pues, cuidado de circuncidar vuestro corazón, y no os endurezáis más, porque Jehová vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los señores. Dios grande y poderoso y terrible, sin consideración á personas ni bienes; que hace justicia al huérfano y á la viuda, ama al extranjero y le da comida y vestido. Y así vosotros amad á los peregrinos, que también vosotros fuisteis extranjeros en tierra de Egipto. Temerás al Señor Dios tuyo, y á Él solo servirás, á Él te unirás, y por su nombre jurarás. Él es tu alabanza, y el Dios tuyo que hizo en tu favor estas cosas grandiosas y terribles que vieron tus ojos. Tus padres descendieron á Egipto en número de setenta, y ve ahora que el Señor tu Dios te ha multiplicado como las estrellas del cielo».

El hombre de Dios, abrazando á la vez el pasado, el presente y el porvenir, recuerda al pueblo la gran promesa del Redentor; promesa hecha desde los tiempos de Adán y Eva en el Paraíso, después de su caída, promesa confirmada á los patriarcas, antes y después del diluvio; promesa que era el alma de la antigua alianza, como el Redentor prometido es el alfa y la omega, el principio y el fin de toda religión, desde nuestros primeros padres hasta el juicio final.

«El Eterno, tu Dios, levantará para tí de tu nación y de entre tus hermanos, un profeta como semejante á mí». Esto es, será legislador como yo aunque de una ley mucho más perfecta. Caudillo de un nuevo pueblo, mediador entre Dios y los hombres, y obrador de prodigios. «*A él has de oír*».

Según pediste al Señor tu Dios en Horeb, cuando se congregó el pueblo y dijiste: No oiré de aquí adelante la voz del Señor Dios mío, ni veré ya más este grandiosísimo fuego, porque no muera. Y el Señor me dijo:

«En todo lo que ha dicho ha hablado bien ese pueblo.

»Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante á tí; y pondré mis palabras en su boca, y le hablará todo lo que yo le mandaré.

»Mas el que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza».

Este profeta como Moisés; este profeta que, como Moisés, manda la

naturaleza como dueño; que del mismo modo que Moisés, es el mediador de una alianza con Dios; que, como Moisés, forma un nuevo pueblo, con su nuevo sacerdocio, una nueva legislación, es el Hijo del hombre, á quien Moisés y Elías rinden homenaje sobre el Thabor, y de quien el Eterno dijo: «*He aquí mi Hijo muy amado, oídle*». Y por no haber querido oírle, los judíos experimentan la divina venganza desde hace dieciocho siglos. Este profeta semejante á Moisés, legislador como él, ¿quién podía ser sino el Mesías, cuya doctrina había algún día de regular y santificar á todo el universo?

Moisés dijo también: «Este mandamiento que yo te intimo hoy, no es difícil ni obscuro, ni excede de tu capacidad; ni situado en el cielo de manera que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo, para que nos lo traiga y le obedezcamos y pongamos por obra este mandamiento? Ni está puesto más allá del mar, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá pasar la mar, y traerlo hasta nosotros, para que podamos oír y hacer lo que está mandado? Sino que está muy cerca de tí la palabra, en tu boca y en tu corazón y en tu mano, para que la ejecutes. Considera que hoy ha puesto á tu vista la vida y el bien, y por el contrario, la muerte y el mal; para que ames al Señor tu Dios, y andes en sus caminos y guardes sus mandamientos y ceremonias y juicios, y vivas y te multiplique y te bendiga en la que entrarás para poseerla».

«Llamo hoy por testigos al cielo y á la tierra, que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida para que vivas tú y tu prosperidad, á fin de que ames al Señor tu Dios, y obedezcas su voz y te adhieras á Él».

Habló Moisés á Israel, y dijoles después ante todo el pueblo: «Hoy cumplo ciento veinte años; no puedo ya continuar siendo vuestro caudillo, y mayormente que el Señor me ha dicho: «No pasarás ese Jordán. El Señor tu Dios pasará delante de tí; Él acabará todas estas gentes en tu presencia, y las poseerás. Josué pasará delante de tí como ha dicho el Señor. Portaos varonilmente y esforzaos; no temais ni os amedranéis á su vista: porque el Señor tu Dios, Él mismo es tu conductor, y no te dejará ni te desampará».

Y Moisés llamó á Josué y le dijo delante de todo Israel: «Esfuérzate y sé robusto, porque tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró á sus padres que les había de dar, y tú se la repartirás por suerte. Y el Señor que es vuestro conductor, Él mismo será contigo; ni te dejará, ni te abandonará; no temas ni te dejes abatir».

Hasta el Mesías no había de verse en todo Israel profeta alguno se-